

Nnedi Okorafor

LA MUERTE
DE LA AUTORA

Traducción de:
MILO J. KRMPOTIĆ



MAEVA

*A mi fabulosa hermana Ngozi Chijioke Okorafor,
Lcda., 1973-2021*

1

Entrevista

Chinyere

¿QUÉ HISTORIA QUIERE que le cuente?

Con sinceridad, no lo veo. Pese a todo, Zelu siempre será Zelu para mí. Lo que usted piense... es pura invención. La vida es corta. La fortuna, fugaz. La fama no es más que un remolino de polvo. Gente con sus sueños y percepciones que se dedica a recitar tu nombre como si se tratara de un objeto tangible, pero no lo es. Los nombres son solo nombres. Un simple sonido.

Lo que importa es la familia. Sin tu familia no eres nada. Un desecho a la deriva por el espacio. Invisible, desconectado, disperso, desconocido; no importa lo famoso que seas.

Zelu siempre formará parte de nuestra familia. Siempre será mi hermana. Pase lo que pase. En realidad, ha sido duro. La cuestión es que a ella nunca le ha importado la familia. Siempre tenía que hacer las cosas a su manera y luego esperaba que el resto del mundo lidiara con el desastre que había provocado. Siempre la querremos. No dejaremos de luchar por ella. Pero nunca nos lo ha puesto fácil.

Me llamo Chinyere. Soy la mayor; es decir, un año mayor que Zelu. Aunque, durante nuestra infancia, la mayoría de la gente pensaba que ella era mucho más pequeña. Soy cirujana cardiovascular. Jefa de Cirugía en el Hospital Adventista. He pasado toda mi vida en Chicago y adoro este lugar. Estoy casada con un hombre maravilloso llamado Arinze. Es igbo, como yo, aunque en su caso por parte de ambos padres y, en el mío, solo de uno. Lo interesante es que él nació en Chad. Es una larga historia. Tenemos dos hijos varones.

Nuestra familia es considerable para los estándares estadounidenses. Por eso, siempre me parecerá raro que me pregunten solo por mi hermana. Supongo que ella es el tema de conversación de todo el mundo. En realidad, es el tema de conversación de todo el mundo en todo momento, ahora mismo. ¿Y de quién es la culpa? Debería darles vergüenza. Lo irónico es que nadie parece comprender que Zelu siempre ha sido el miembro más inestable de la familia. Y no me refiero a su discapacidad; no es la primera persona discapacitada. Reconozco que la sociedad tiene sus sesgos, pero cada cual se desplaza por el mundo a su manera. Todos tenemos nuestro sendero.

Déjeme que le cuente una historia.

Hace algunos años, antes de que pasara todo esto, yo acababa de ser madre. Mi hijo mayor tenía solo tres meses. Admito que no era muy feliz. Soy cirujana, y de repente me encontré con que debía quedarme en casa durante varios meses. Mi hijo no dormía; yo no dormía; mi marido no dejaba de escaparse al trabajo, pero eso no me molestaba. De tener la oportunidad, yo habría hecho lo mismo. Ser mujer es duro. Sobre todo cuando se es madre. Por mucho que queramos a nuestros hijos, no todas estamos hechas para la vida doméstica.

Eran sobre las diez de la noche y yo estaba en casa con el pequeño Emeka. Fuera llovía. A mares. Con rayos y truenos. Emeka no dejaba de llorar porque tenía gases. Yo iba de arriba abajo por el pasillo, meciéndolo y dándole palmaditas en la espalda. Estaba exhausta. Me vibró el móvil. Era Zelu, y su voz sonaba como un disco al ralentí. Arrastraba las palabras, lo que decía a duras penas tenía sentido.

—¿Zelu? ¿Eres tú? —le pregunté.

—Es taaaaaan molesto. Claro que soy yo. Identificadooooor de llamada.

—Dios mío, venga ya.

—¿Alguna vez te has mirado la mano y has pensado que tenías seis dedos en vez de cinco? —susurró.

—¿Qué?

—Necesito que alguien venga a por mí, Chinyere. No confío en los Uber.

A partir de entonces, se dedicó a soltar risitas tontas y a hacer algo que sonaba a pedorretas. Era tarde, estaba sola con un niño enrabiado y tenía que salir a buscar a mi hermana. Me mandó su ubicación para que pudiera localizarla. Me vestí, abrigué al bebé y salí a por ella.

Mi BMW tiene solo dos puertas (dos años antes no pensábamos tener hijos; es curiosa la manera en que la vida decide algunas cosas por ti), así que tardé unos minutos en asegurar al bebé al asiento trasero. Para entonces, él ya estaba soltando alaridos, pero mantuve la calma y lo conseguí. No tenía sentido que yo también me pusiera histérica.

La ubicación de Zelu me llevó de Hyde Park hasta más allá del extremo norte de Lake Shore Drive. La encontré en un restaurante que abría toda la noche. Estaba sentada en una cabina, me miró por la ventana mientras aparcaba. Incluso desde esa distancia me di cuenta de que tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre.

Emeka se había quedado profundamente dormido. Al fin. El trayecto había hecho su magia y durante el año siguiente repetiría ese truco para calmarle. Se lo debía a Zelu; a Zelu y su *wahala*. Estaba justo delante del restaurante, así que decidí dejarlo en el coche. Con la calefacción, por supuesto. Fuera estábamos a unos veinte grados bajo cero. Entré al local y una camarera vino directa hacia mí. Era una mujer blanca, bajita, con el pelo puntiagudo de color rosa.

—Por favor, dígame que ha venido a buscar a esa chica para llevarla a casa.

—Así es.

—Oh, gracias a Dios.

Avancé hacia Zelu, que levantó la vista y me sonrió. Se había puesto un traje Ankara. Las telas con estampados del África occidental eran sus favoritas. Decía que le gustaban sus colores y el hecho de que, con esa tela, siempre daba la sensación de que «intentas ir a alguna parte», signifique lo que signifique. También llevaba

zapatos de tacón de color rojo. No le importaba no poder caminar; sus zapatos tenían que ser la bomba. Era un vestuario bastante bonito. A mi hermana no se le podía negar que, cuando quería, y por lo general así era, sabía vestirse de punta en blanco.

—Mi hermana... —dijo, usando el acento de nuestra madre—. *Bawo ni*.

Puse los ojos en blanco.

Se llevó la mano al bolsillo de la pechera y sacó un porro alargado y atiborrado, y un mechero. Oí a la camarera, de pie a mi espalda, soltar un grito ahogado cuando Zelu comenzó a encenderlo.

—Zelu, ya está bien. —Le quité el porro y el mechero de las manos y agarré el manillar de la silla de ruedas. No estaba borracha, pero sí muy muy colocada. Es que te podías colocar tú también con solo olerla. Me gusta tomar un vaso de vino de vez en cuando, incluso algún coñac, pero sé controlarme. ¿Zelu, en cambio? Para nada.

Esa es mi hermana. La mujer a la que todos conocen y aman. Es probable que nuestros antepasados se sintieran muy avergonzados esa noche. De alguna manera, logré hacer que se acomodara en el asiento del copiloto y a continuación metí la silla de ruedas en el maletero. Ella no había dejado de reírse, como si mi tacto le hiciera más cosquillas que cualquier otra cosa. Pese al frío que hacía, yo estaba sudando. Pensé en la lluvia de antes y me pregunté si el asfalto estaría congelado. Aparté la idea de la cabeza. Tenía que concentrarme. Emeka no se había despertado, lo cual era una bendición.

Aún no había cerrado su puerta cuando un tipo se bajó del todoterreno Mercedes que estaba aparcado a mi lado.

—¡Zelu! ¡Venga! ¿Adónde vas? —Era un hombre negro bellísimo, de veintitantos años, que vestía un traje marrón con aspecto de ser caro, aunque estaba muy arrugado. No parecía el tipo de persona que llevara trajes arrugados normalmente.

—¿Estás de broma? —le gritó Zelu—. ¡Vete!

—¿Quién es? —le pregunté.

—Un tipo.

—Nena —dijo él—, ¡que te he estado esperando aquí, congelándome!

—¡Porque te han echado! ¡Pilla la indirecta! No quiero estar contigo.

—Dame otra oportunidad.

Se encontraba a poco más de un metro de distancia, y me volví para enfrentarle.

—¿Eres su amiga? —me preguntó.

—Soy su hermana.

—Oh, gracias al cielo. Dile solo que quiero hablar con ella.

No parecía borracho ni colocado ni nada por el estilo, y eso me puso nerviosa. La suya era una angustia sobria.

—Te puede oír —le dije.

—¡Vete! Se ha acabado. Se llama Aventura. De. Una. Noche —dijo ella, arrastrando las palabras.

—Yo no hago esas cosas —le espetó él.

—Pues parece que sí —intercedí yo—. Oye, tengo a un bebé dormido dentro del coche. ¿No podrías... calmarte o, mejor incluso, irte de aquí? Estoy segura de que tienes el número de mi hermana.

—¡Pues no! Me dio uno falso. ¡He tenido que seguirla hasta este restaurante! —dijo, acercándose un poco más—. Mira, apártate de mi camino para que pueda hacer entrar en razón a tu hermana.

No me moví. No tenía espacio para cerrar la puerta. Me di cuenta de que se estaba enfadando cada vez más. En la universidad había salido con un tipo que... bueno, digamos que estaba familiarizada con esa actitud. No pensaba quedarme allí hasta que se armara de valor para hacer lo que estaba planeando. Ya casi lo tenía encima. Mi bebé estaba en el coche. Ese fue mi límite. Metí la mano en el bolsillo, saqué el minibote de aerosol de pimienta, le quité el seguro y lo dirigí directamente hacia su cara. Apreté el botón y le rocié de lo lindo. ¡Yo! Llevaba años saliendo de noche con él en el bolsillo, y a veces también de día. Ni siquiera sabía si funcionaría. Aun así, siempre me había hecho sentir un poquito más segura. Aunque es verdad que nunca imaginé que fuera a utilizarlo. Que me atrevería a hacerlo.

Mientras él chillaba y se arañaba la cara, Zelu se reía y la ansiosa camarera llamaba probablemente a la policía. Cerré la puerta, corrí hacia el lado del conductor, me subí al coche y nos fuimos de allí. Durante varios minutos, Zelu y yo guardamos silencio... además de no dejar de toser. Cuando rocías a alguien con aerosol de pimienta tienes que enfrentarte a sus efectos, aunque a menor escala. En el asiento trasero, Emeka seguía dormido pese a todo. Por suerte, los gases no habían llegado hasta él.

—¿Qué le has hecho? —le pregunté a mi hermana.

Ella se limitó a encogerse de hombros. El incidente parecía haberla espabilado.

—Me lo follé. Era alumno en una de mis clases, hace algunos semestres. Un abogado que quería ser escritor. Me cansé de él a la mañana siguiente.

—Y se lo dijiste...

—Sí —contestó ella—. Es gracioso. Los hombres así se creen con derecho a tantas cosas... Pero es peor cuando una no puede caminar. Piensan que deberías estar agradecidíssssima. —Volvió a reírse, con más intensidad.

Esa es Zelu. Está haciendo algo y, al cabo de un instante, lo deja. Zelu lo deja todo atrás de inmediato. Está tan llena de sí misma que no sabe cuándo ha hecho que alguien pierda el sentido de la normalidad. Y se limita a dejarte allí, tambaleándote y preguntándote el porqué.

Quizá esa sea la razón por la que la adoran de esa manera.